

Victoria y Paz

Cheles, Septiembre del 2004

Fiesta del Santo Cristo
Fiesta del Santo Cristo

Antonio Cerro.

(Párroco de Cheles)

A sus feligreses

VICTORIA Y PAZ

No podía ser otro día. Catorce de Septiembre de 1.927 cuando Victoria Díez acompañada de su madre llegó a Cheles. Se encontraría el bullicio de la fiesta del Santo Cristo y como no, aun cansada del viaje desde Sevilla, se acercaría a ver la imagen de nuestro Santo patrón. Seguro que se quedó tan admirada de la belleza de Cristo muerto en la cruz y de la paz que transmite que algo profundo le marcó desde su primer día entre nosotros.

Victoria es un nombre con significado propio. No conoce la derrota ni la desesperación, al final siempre gana. Luchadora, llena de ímpetu y de vida, joven y andaluza llega a este pueblo con la misión de ser maestra, pero no una maestra cualquiera, ella pertenece a la Institución Teresiana del Padre Poveda. No es monja, ni religiosa, solo es una joven que desea vivir su vocación cristiana siendo maestra de escuela. Y es que en aquellos tiempos ser maestra nacional no era ningún encanto. Pocos medios, pobreza (ganaba menos que un maestro de escuela) pero muchas horas de dedicación y la vocación de enseñar preferentemente a los que nada tienen, a los más pobres.

Victoria quería ir a las misiones, a Chile. Sin embargo la providencia Divina la trae hasta nuestro pueblo. Después de todo entre Cheles y Chile solo había un baile de letras, por eso ella, identificada desde el primer día con su realidad, firmaba con su nombre al cual añadía: “la chelera”.

Poco tiempo estuvo Victoria entre nosotros, un curso académico, pero fue lo suficiente para dejar una huella profunda entre aquellas gentes que la conocieron. Dicen que visitaba la ermita del Santo Cristo para orar. Orar y dejarse llenar de esa inmensa paz que transmite la santa imagen de ese Jesús de Nazaret que muerto cuelga en la cruz para que con tan solo mirarlo te dejes amar por él. Sin embargo Victoria tenía otro lugar en el cual se tiraba horas y horas: el Sagrario de la Parroquia. Y es que allí es donde realmente está presente Jesús, escondido en el silencio y en la soledad del Sagrario, donde solo la fe nos hace vivir y sentir la presencia real de Jesucristo entre nosotros.

Somos humanos y necesitamos de lo sensible, a veces para creer. Necesito ver para creer, decimos. De ahí que las imágenes nos ayuden a acercarnos a lo divino, pero como un trampolín que nos permita saltar a la inmensidad del amor de Dios. Por eso Victoria gastaba su tiempo en llenarse de Dios en el Sagrario. Llenarse de Dios, para luego darlo a los demás.

Ser cristiano es tener a Cristo como único modelo de nuestra vida y día a día identificarnos más con Él. Ser otros “cristos” en medio del mundo y eso Victoria lo entendió a la perfección. Hay que pasar por la cruz de cada día, hay que morir para vivir. Parece una contradicción: muerte y vida, cruz y paz. Eso es lo que nos enseña Jesús en el Evangelio y con su vida. Es fácil ser creyente cuando todo va bien, lo difícil es serlo en la dificultad, en el dolor, en la enfermedad, en la muerte. De ahí que cuando vemos la imagen de nuestro santo Cristo lo tenemos que mirar no solo con los ojos sensibles sino con la mirada de la fe pidiéndole que nos dé la valentía y la fuerza suficiente para ser sus testigos en este mundo de hoy que nos ha tocado vivir.

Victoria recibió esa fuerza de lo alto, de Dios. Maestra en Hornachuelos (Córdoba) le llegó el momento de dar testimonio de lo que creía y vivía y la madrugada del 12 de agosto de 1936 moría simplemente por ser católica, por no renegar de Cristo, por no rechazar su amor a Dios y a la Iglesia.

Su grito antes de morir fueron pocas palabras: ¡Viva Cristo, Rey! Y en su pensamiento y en su corazón Cristo que es precisamente Rey en la Cruz. Ese es el reinado de Cristo, la Cruz es su trono, las espinas su corona real. Morir por Cristo, no de boca, sino de forma real. Dar la vida por Dios.

Así la Iglesia nos presenta a Victoria Díez como modelo de mujer creyente y fiel al Evangelio de Jesucristo. Eso son los beatos y los santos. Hombres, mujeres y niños de todas las épocas y las condiciones sociales cuya vida puede iluminar la nuestra. Gentes como nosotros que han sido capaces de vivir en cristiano su vida diaria. Por ese motivo su Santidad el Papa Juan Pablo II, beatificó a Victoria Díez el 10 de octubre de 1.993 y la Iglesia la encamina hacia la santidad proponiéndola ya como un ejemplo de vida a seguir.

Esa suerte tiene el pueblo de Cheles. Una mujer que vivió entre nosotros en la calle Morón, que visitaba la ermita de nuestro Santo Cristo, que alimentaba su fe en la Parroquia, que se sintió de los nuestros, está en vías de santidad. Por eso en el centenario de su nacimiento hemos celebrado un acto homenaje a Victoria culminando la celebración con una Eucaristía en las primeras vísperas de la solemnidad de Pentecostés en la cual se hizo entrega, por parte de la Institución Teresiana a la Parroquia, de un cuadro con la imagen de Victoria Díez.

Cheles cuenta ya entre sus protectores con esta mujer. Pidámosle a Victoria que sepamos imitar a Cristo como ella lo hizo. Su amor y pasión por Jesucristo la fue cultivando día tras día. Nada es de la noche a la mañana, todo hay que trabajarlo para que al final de fruto. Su victoria fue morir por Cristo, la paz solo la puede dar Dios.

Antonio Cerro Ruiz
Párroco